

II.

En una hermosa tarde del mes de Agosto se paseaban Felipe y el señor de Boisvilliers por una de las alamedas del jardín, plantada de espesos castaños, que seguían la orilla de un profundo y apacible estanque, que parecía dormir bajo las anchas hojas de la hermosa planta llamada nenúfar, de que se hallaba rodeado; una barca vieja y medio llena de agua estaba amarrada al pie de una escalera rústica.

El padre fumaba silenciosamente un cigarro; el hijo miraba con melancolía la barca vieja retenida á su amarra por una cadena enmohecida, trayendo esto á su memoria su situación, y recordándole aquella cadena, la cadena con que á él querían sujetarle en aquel rincón olvidado del mundo.

—Hijo mío (dijo bruscamente el señor de Boisvilliers): ¿no fumáis?

—No, padre mío.

—Hacéis bien. Habéis sido más cuerdo que yo, que me dejé seducir por el tabaco....

Y añadió distraídamente:

—¿Conque ya os tenemos hecho un abogado?

—Sí, padre mío.

—Yo lo deseaba, porque ahora, gracias á vuestros conocimientos en derecho, no seréis, como yo, explotado

por las gentes de la curia, y podréis administrar vos mismo vuestra fortuna, que ha de ser un día considerable.

—Deseo, padre mío, que no llegue nunca ese día.

—Os lo agradezco; pero lo que quería deciros es que ahora desearía que me ayudáseis á llevar la carga: yo voy envejeciendo ya, y me fatigo, hijo mío.

El señor de Boisvilliers guardó silencio un instante, y luego continuó:

—¿Sabéis que los dominios de Boisvilliers y La Roche-Ermel reunidos darán unos noventa mil francos de renta?

—¿Asciende á tanto?

—Sí, hijo mío.

Hubo unos momentos de pausa, despues de los cuales el señor de Boisvilliers dijo:

—Hace poco fuí á ver á vuestra prima Juana al convento, y me han dicho aquellas señoras que están contentísimas de ella; que es una joven de gran entendimiento, y está perfectamente educada. Es, además, una profesora en música.

—Sí, ya sé que toca muy bien el piano, padre mío.

—¿Y sabéis también que su educación está terminada, y que volverá á su casa definitivamente el 15 de este mes?

—Nuestro primo La Roche-Ermel me lo ha dicho.

El señor de Boisvilliers detuvo de repente su paseo, y arrojó el cigarro.

—Felipe (dijo, fijando con insistencia su mirada en el pálido rostro del joven); no podéis ignorar que desde hace mucho tiempo hemos formado

proyectos, y nuestros deseos son que se realice vuestra unión con Juana.... ¿Debo comprender que vuestras miras son diferentes de las nuestras?

—Padre mío (dijo Felipe, con tono respetuoso pero seguro): no puedo casarme con mi prima...., porque no la amo.

—¡Que no la amáis! —repitió el señor de Boisvilliers.

Miró todavía á su hijo con asombro; las arrugas marcadas entre sus dos cejas se acentuaron profundamente, y una ligera convulsión hizo temblar sus labios.

Á dos pasos de allí, junto al estanque, había un banco, en el que el señor de Boisvilliers fué á sentarse, y apoyando su frente en las dos manos, pareció meditar dolorosamente.

—¡Pobre niña! —murmuró.

Después levantó la cabeza, y miró á su hijo, que estaba de pie delante de él.

—Después de la declaración que acabáis de hacerme (dijo, con voz breve y dura), debéis comprender que vuestra estancia en Boisvilliers es de todo punto imposible, al menos por algún tiempo.

—Si lo creéis así, padre mío, obedeceré.

—¡Qué bien! ¿Verdad? Me he adelantado á vuestros deseos; habéis tomado el gusto á París, y pretendéis pasar allí vuestra juventud, pasando la mejor época de vuestra vida en la ociosidad.

—¡En la ociosidad no, padre mío! Y, si me permitís que os hable con entera franqueza....

—¡Oh! No deseo otra cosa.

—Pues bien : aquí , en una provincia , en el campo , es donde yo viviría en la ociosidad.... ; Perdonad , padre mío !.... Es cierto que tengo ante mis ojos vuestro ejemplo y el de nuestro primo , y sé muy bien lo dignamente que está ocupada la existencia de ambos.... ; pero yo no tengo ni vuestros gustos ni vuestras aptitudes.... Decíais que yo deseaba vivir en París ; es verdad , padre mío ; y , creedlo , no busco allí solamente las distracciones y los placeres de la juventud ; busco la noble actividad que se respira en aquel aire , las generosas ambiciones que hace nacer en el corazón , y la fiebre de gloria que sube al cerebro . Amo el poder de la vida intelectual , que parece añadirse á nuestra inteligencia propia , redoblando su fuerza.... Aquí , padre mío , mi inteligencia no tendría objeto ni

aplicación ; dejaría á los colonos y renteros cuidados que , no siéndome gratos , no tendrían ningún interés para mí ; el fastidio y la pereza me invadirían , y , ¿quién sabe? : tal vez acabaría por degradarme . No teniendo las virtudes de los antiguos nobles que pasaban su vida haciendo la dicha de sus colonos , tendría acaso sus extravagancias y sus vicios . Emplearía el tiempo , como tantos otros , en pasear á mis perros , en consultar el barómetro , en embotellar el vino.... y en beberlo.... Pues bien : os lo confieso , padre mío ; este género de existencia , sin felicidad para mí ni provecho para nadie , me causa horror.... Y mi desgraciada prima , que ha sido siempre á mis ojos el símbolo de semejante vida , se me ha ido haciendo odiosa poco á poco , sin poderlo remediar . Ella ha sido la que

ha pronunciado desde la cuna el fallo de mi destino; ella, la que ha dicho: «Vivirás aquí, y no en otra parte.... ¡Estarás encerrado toda tu vida en este círculo fatal, y estarás conmigo!.... ¡No tendrás otro amor que el mío, ni otra esposa que yo!.... ¡Mis gustos serán los tuyos, mi habitación será la tuya, y hasta nuestra tumba será la misma!....» ¡Ah, padre mío! Tal vez la hubiera amado si me hubiesen dejado escogerla! ¡Tal vez hubiera amado también las ocupaciones y la vida del campo, si no me hubiesen sido impuestas para siempre!.... Padre mío: perdonadme si os he ofendido; pero he preferido revelaros mi pensamiento y descubriros sinceramente mi corazón....

—Habéis hecho bien,—dijo el señor de Boisvilliers.

Y respirando con fuerza, reflexionó un momento, y dijo con voz dulce y velada:

—Yo también, hijo mío, os digo á mi vez: ¡Perdonadme!

—¡Padre mío!

—Sí, porque podéis creer que he dispuesto con ligereza de vuestro porvenir, como si vuestro porvenir me hubiera pertenecido. Podéis creer, y creéis sin ninguna duda, que un móvil egoísta me había hecho confiscar, por decirlo así, vuestra vida en provecho mío, fijándola, por adelantado, cerca de mí.... Ciertamente, no pude ser insensible á la esperanza de ver un día, después de tantos años de soledad, reanimarse y volverse á llenar mi vieja casa....; sí, esperaba que Dios había de evitarme la gran amargura de los viejos, ¡la casa vacía!.... Además,

amaba ya á esa niña como si fuera mi hija.

—¡Padre mío!— volvió á murmurar el joven, cuyos ojos estaban arrasados en lágrimas.

—Hice mal, perdonadme,—replicó el padre.

Y continuó con acento firme:

—Lo que he querido deciros, hijo mío, es que no he pensado solamente en mis ventajas personales al trazar el plan de existencia que hoy rehusáis. Había creído prepararos al mismo tiempo una vida dichosa, útil y honrada. Á través de las formas corteses de vuestro lenguaje, he visto claramente que nos consideraréis al conde de La Roche-Ermel y á mí como dos seres inútiles en este mundo.... No me interrumpáis.... No soy de vuestro parecer: somos dos antiguos nobles, como vos

decís, y vivimos sin gloria, pero no sin felicidad.

—Trabajamos para la multiplicación del pan y de la carne, y damos á la caballería francesa sólidas remontas.... Esto ya es algo; pero no es todo, hijo mío; es necesario, en los tiempos por que atravesamos, que las gentes como nosotros vivan en su país natal, ciudad ó aldea, y allí se hagan respetar; pues, aparte de los servicios prácticos que puedan prestar á su alrededor, hay en su presencia sola, en la superioridad de sus conocimientos, en la dignidad de su vida, en los grandes recuerdos de su nombre...., hay, he dicho, una escuela, un ejemplo y una autoridad. Son como esos viejos campanarios que se ven de cuando en cuando en el campo, y que hacen reflexionar al transeunte en su camino

y al arriero en su carreta, y que, á pesar suyo, traen al pensamiento de los que no son buenos, altos sentimientos y respetuosas ideas. ¡No, hijo mío, no somos inútiles!.... ¡No me digáis nada, Felipe, ni una palabra!.... Creo comprenderos, pero jamás arrancaré á vuestra sensibilidad un sacrificio que sentiríais mañana, ni me aprovecharé de un instante de enternecimiento. Seguid la vía que habéis escogido, que si la seguís como un hombre honrado, yo me consolaré.... Veamos: ¿qué pensáis hacer?

—Padre mío, mi intención, si lo aprobábais, era seguir mis estudios de derecho hasta el doctorado, y entrar luego en el Consejo de Estado.

—¡Pues sea!.... Y ahora, Felipe, tenemos una resolución penosa que tomar. Una vez que no debéis quedaros

aquí, es conveniente, es necesario que partáis lo más pronto posible. Partiréis mañana temprano, y para evitarnos á los dos emociones inútiles, deseo que no nos veamos en el momento de vuestra partida.

El señor de Boisvilliers se levantó bruscamente, y enderezando su elevada estatura, echó á andar con paso firme, haciendo seña á su hijo de que le siguiera.

Después de un largo silencio, dijo:

—Tal vez pasarán años sin que podáis decorosamente volver á Boisvilliers.... Vuestra presencia aquí sería un continuo sufrimiento para esa pobre niña.... Yo iré á veros á París de cuando en cuando.

—Gracias, padre mío.

Entretanto, la noche se hacía poco á poco, obscureciendo el jardín. La

débil claridad de la luna iluminaba vagamente á través de las espesas hojas de los castaños, y plateaba entre las hierbas la inmóvil superficie del estanque.

Era aquella una escena de paz y de melancolía profundas.

—Felipe (replicó el señor de Boisvilliers); os parecéis á vuestra madre, que era también un poco romántica; pero al mismo tiempo una santa: no lo olvidéis.

—No lo olvidaré, padre mío.

Transcurrió un cuarto de hora sin que se cambiase una sola palabra entre el padre y el hijo, cuyos pasos, haciendo rechinar la arena del jardín, era lo único que turbaba el silencio de aquella soledad.

De pronto el señor de Boisvilliers se detuvo.

—Vamos, hijo mío (dijo, tendiéndole la mano); tengo necesidad de reposo, y me retiro.... ¡Adiós!

—¡Padre mío! (dijo Felipe con voz ahogada). Padre mío, ¿me perdonáis?

El anciano le atrajo hacia sí con violencia.

—¡Abrázame!—le dijo.

Y estrechó convulsivamente sobre su pecho al joven, que sollozaba.....

.....

Al día siguiente, Felipe de Boisvilliers se alejaba del castillo paternal, arrastrado por dos vigorosos caballos, que debían conducirle en veinte minutos á la estación próxima.

¡Dichosa juventud! Dejaba tras sí los cuidados, el abandono y el duelo, y sin embargo marchaba alegremente á través de los frondosos y húme-

98569

UNIVERSIDAD DE MICHIGAN  
BIBLIOTECA UM-DENVER  
"ALFONSO" IN 1234  
Apr. 10 1925



dos bosques y de la aurora naciente.

Algunas horas más tarde, su padre, con el rostro pálido y los ojos ojerosos por una noche de insomnio, se dirigía con fatigoso paso hacia el castillo de La Roche-Ermel.

Al aproximarse, apercibió hacia el medio del camino al conde Leopoldo, que se dirigía á su encuentro.

—¿Está todavía en la cama el joven parisién?—gritó con tono jovial.

El señor de Boisvilliers continuó avanzando sin responder, y cuando estuvo á dos pasos de su primo, le dijo con acento triste y grave:

—Amigo mío, Felipe ha vuelto á París.

—¡Cómo que ha vuelto á París! (dijo el Conde, turbándose.) Lo decís con un tono, que parece que ha ocurrido algo grave.

—Algo muy grave,—replicó el señor de Boisvilliers, acentuando aquellas palabras.

Y tomando la mano del Conde, le dijo:

—Amigo mío, voy á causaros un gran pesar; el sueño de toda nuestra vida ha sido destruído en un momento.... Mi hijo...., mi hijo no es digno de la alianza que me habíais prometido para él.

El conde Leopoldo miró con asombro al señor de Boisvilliers.

—¿Ha rehusado?—dijo.

Y como no recibiese respuesta, dejó escapar una especie de gemido, y sus brazos cayeron inertes, quedando con los ojos fijos en el vacío. Después dijo con amargura:

—¡Pobre hija mia!